

Por un sentido Cristiano del progreso material

Tal es la preocupación primera del presente número de nuestra revista.

Tenemos fe en que los esfuerzos que se están haciendo en nuestros días por elaborar una Teología del Progreso habrán de cristalizar pronto en un sistema doctrinal coherente y sólido. Pero creemos también que tal doctrina no llegará a ser nunca una justificación espiritual de los «procesos de desarrollo» tal como los vemos practicados actualmente, a escala nacional e internacional, en nuestro mundo. ¿Por qué? Porque los procesos de crecimiento económico se basan en nuestros días en un ideal y en unas prácticas de enriquecimiento, pero de unas minorías dentro de estructuras económico-sociales de dominio y explotación. Ni en las economías occidentales, ni en los países colectivistas, se ha encontrado todavía un pensamiento ni un sistema económico de la participación solidaria y justa de la comunidad en la riqueza producida dentro y fuera del país, frente a las prácticas de enriquecimiento del individuo, de la clase, de la nación. Existe, se va creando, un cierto sentido de solidaridad internacional, pero muy insuficiente a la hora del sacrificio, del desprendimiento en favor de los demás, de los países pobres. Dentro de cada país las economías se van haciendo más unitarias, más estrechas las interrelaciones económico-sociales entre los individuos y los grupos, pero persiste en el interior de las conciencias el aislacionismo, el afán por el acaparamiento personal adivinado con mirada corta, pobre, de miope; falta de perspectivas más amplias en que habrían de coincidir el progreso personal humano, in-

cluso en su dimensión económica, con el progreso «del otro» y de todos en uno, de la comunidad interregional e internacional.

Creemos que el espíritu cristiano de pobreza no se opone al progreso integral del hombre, incluso en el aspecto de sus posibilidades de creación creciente de riqueza; juzgamos que sólo es incompatible con nuestros cortos programas e ideales de acaparamiento a toda costa, a costa del prójimo en primer término. Opinamos, por el contrario, que el espíritu de pobre personal, la tenencia de «un alma de pobre», al estilo, por ejemplo, de Juan XXIII, es la mejor base de una voluntad de desprendimiento, del altruismo cristiano, de la caridad; que esta caridad es la mejor solución, la única solución cristiana, para que nuestros actuales sistemas de progreso material, que conducen a la creación de minorías opulentas como enclaves en medio de hambrientos hormigueros humanos, se transformen en otros del bien común, más solidarios, más justos.